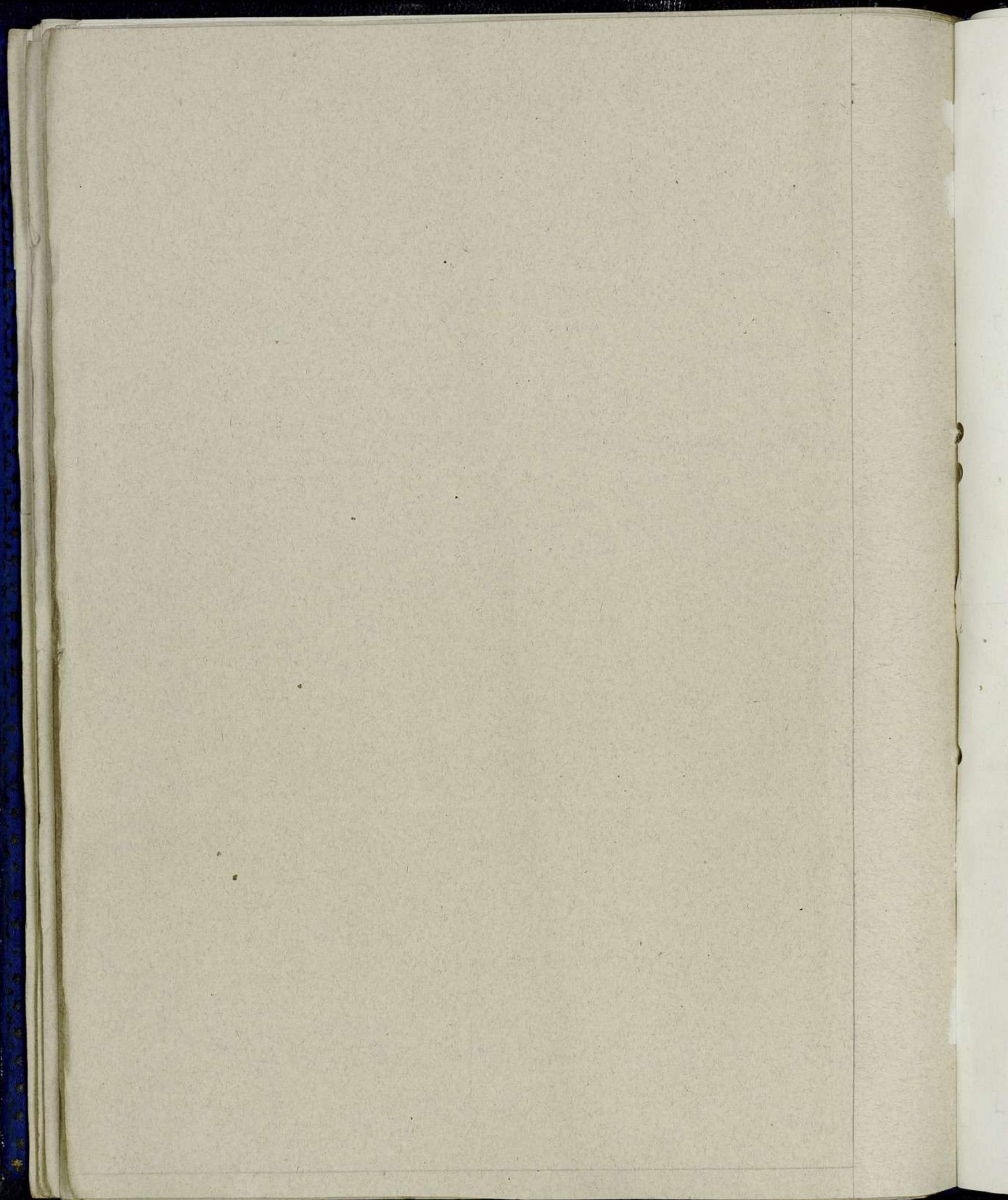


LUNA





75

LUNA

AÑO I

NOCHE DEL 10 AL 11 DICIEMBRE 1939

NUM 3

Sumario

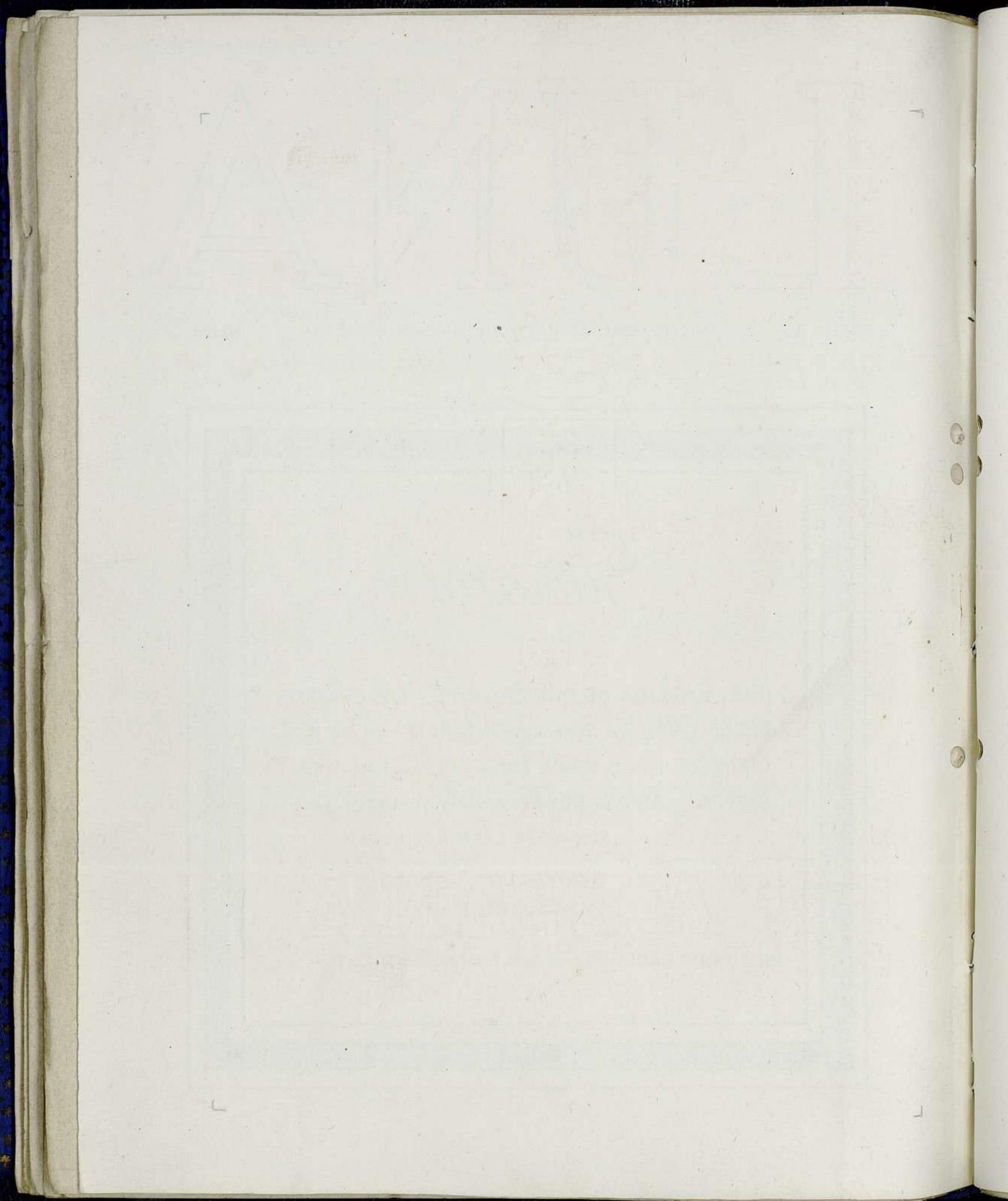
NUEVA SALIDA DE DON QUIJOTE ◊ LAS CUATRO
ESTACIONES, por SANTIAGO ONTAÑÓN ◊ 12 DE DI-
CIEMBRE 1930 ◊ MARIA GUERRERO, por EDMUNDO
BARBERO ◊ AMOR, DEBER, AMOR (CUENTO), por

ANTONIO DE LEZAMA

Cuaderno de Poesía

RAFAEL ALBERTI

NOTAS DE LECTURA, por JOSE CAMPOS, P. de la F. y A. de L.



NUEVA SALIDA DE DON QUIJOTE

SIN dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo.

En unas y otras pláticas marcharon entretenidos amo y escudero durante toda la jornada y finalmente les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen. La noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que, pues aquél camino era real a una o dos leguas de buena razón hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmose Sancho en viendolas y D. Quijote no las tuvo todas consigo; tiró el uno del cabestro a su asno y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaban a D. Quijote, el cual, animandose un poco, dijo: -Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y es fuerzo.

-Desdichado de mí -respondió Sancho- si acaso esta aventura

77

fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adonde habrá costillas que lo sufran?

-Con todo eso- replicó D. Quijote,- te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

-Si tendré, si a Dios place- respondió Sancho- y apartandose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana, y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era; porque descubrieron hasta veinte encamisados todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo enlutados hasta los pies de las mulas; que bien vieron que no eran caballeros en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva.

Figurosele a D. Quijote que la litera eran andas, donde debía de ir algún malferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vio cerca, alzó la voz y dijo: -Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quien sois, de donde venís, adonde vais, que es lo que en aquellas andas lleváis, que según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fevisteis, o bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

-Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís, y picando la mula, pasó adelante.

Sintiose desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno, dijo: "Deteneos y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo sois todos en batalla".

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno, se espantó de tal manera, que alzandose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba a pié, viendo caer el encamisado, comenzó a denostar a D. Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió a uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquél instan-

te le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y aun con armas, con facilidad en un momento dejaron la refriega, y comenzaron a correr por aquél campo con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo, revueltos y en vueltos en sus faldamentos y lobs, no se podían mover, así que, muy a su salvo D. Quijote los apaleó a todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Estaba un hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver D. Quijote; y llegandose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciendole que se rindiese, si no que le mataría.

A lo cual respondió el caído: "Harto rendido estoy, pues no me puedo mover. Suplico a vuestra merced si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras ordenes.

-¿Pues quien diablos os ha traído aquí siendo hombre de iglesia?

-¿Quien señor, quien?- replicó el caído,-mi desventura.

-Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfaceis a todo cuanto primero os pregunté.

-Con facilidad será vuestra merced satisfecho, y así sabrá vuestra merced que no soy sino del clero de Salamanca, vengo de la ciudad de Alicante acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Alicante, donde fué fusilado, y ahora, como digo, llevamos sus huesos a su sepultura, que está en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

-Pues pareceme señor ordenado, que no he sido muy satisfecho. ¿Cual es el nombre de ese caballero?, ¿quienes son sus acompañantes, jinetes y escuderos?, ¿quien fué su matador y cual la causa?

-Ese cuerpo muerto perteneció al mejor capitán de las Españas, al Fundador Supremo, al Mayor Caído, a Jose Antonio Primo de Rivera. Y su compañía esta formada por sus camaradas de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Aquellos jinetes eran la Falange Montada y los de a pié, escuadristas camisas viejas. En cuanto a sus matadores, que no fué uno sólo, la sentencia fué pronunciada por un gobierno de frente popular y la causa, el ser el alentador y principal soporte de la Revolución nacional sindicalista, el alma del Movimiento Salvador.

-Muchas cosas dice vuestra merced que escapan a mi sabiduría y conocimientos. Mas no he de tolerar que otro que no sea Gonzalo de Córdoba, vencedor de italianos, lleve el título de mejor Capitán de las Españas y nadie que entienda y profese la ley de la Caballería Andante ha de mantener otro parecer. Y he de advertiros que tampoco conozco otro Fundador Supremo que aquél que está en los Cielos: Dios. Muchas y muy grandes debieron ser las hazañas que ese caballero llevó a cabo, desfaciendo entuertos y desagraviando doncellas, y suplico a vuestra merced que pues no han llegado a mi conocimiento sus famosísimos fechos de armas, me los refiera para seguir su ejemplo en todos aquellos casos en que mi ánimo desfalleciese ante mis desaforados enemigos.

-Su mejor y mas celebrada hazaña fué su muerte y no podría relataros hazañas llevadas a cabo, pero sí estaria horas enteras refiriendo las que imaginaba acometer y llevar a buen término.

-Ahora tengo cabal explicación de por qué en ninguno de mis libros de caballeria ha quedado mención de éste raro y extraño caballero, y a fé mia que no debieron ser muy extraordinarias sus hazañas y aventuras si sólo las tuvo en la mente y no pudo dar pruebas del esfuerzo de su brazo. Y si como decís fué condenado por un gobierno de frente popular y popular tanto quiere decir como pueblo, no me es permitido desfacer lo que el pueblo hizo, pues entiendo que el pueblo es la continuación de Dios mismo y esa suerte, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiendolo muerto quien lo mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mismo hiciera, si a mi mismo me matara.

Y os aconsejaria señor ordenado que depositaseis esos huesos en otra ciudad cualesquiera porque no ha muerto aún caballero, cuyas aventuras sean tan grandes, que sus huesos deban reposar al costado de los del Emperador Carlos I. Tanto mas que si ese caballero, y aún dudo en darle este nombre, mereció la muerte a juicio del pueblo, no sería extraño que fuese un mal encantador y embrujador dañino.

Seguid vuestro camino y dad gracias al cielo que no castigue mas duramente vuestra osadía, y sabed que el daño estuvo, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellos sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo; y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiendooos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del Infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.

Las cuatro estaciones

Guion para un ballet

Entre unas ruinas que pudo haberlas pintado Poussin o Claudio de Lorena, un manzano en flor, albergue laberíntico de blancas mariposas. Cubre el suelo un césped de verde apasionado. Como estrellas en un cielo de deseos las margaritas clavan sus lancetas albas en el corazón dorado.

Sobre la tierra blanda como la carne, la Mujer y el Hombre dialogan bajo la sombra de las ramas. Ella apoya su cabeza sobre el tronco del árbol y el vestido de rosa desvanecido cae como una inmensa flor desprendida. Las mariposas se asoman al borde de su hermosura.

El Hombre, sentado en el rizado límite de la falda pone un claro temblor primaveral en las palabras

EL HOMBRE

Dame tu amor, Mujer, bajo los árboles frutales. Ofrece a mis labios lo agrio y dulce de tu piel de manzana. Dame tus sombras recónditas. El abultado suspiro de los senos. El torrente amarillo de tu mata de pelo. ¿No sientes el calor de mi sangre sobre lo convexo de mis dedos?

LA MUJER

Deja correr el cálido torrente de tu voz entre las verdes hojas. Se asombro de palomas de arrullo enamorado. Ofrece de tus ojos el ardiente deseo que fulmina. Oprime el nacimiento de mis piernas con la abrasadora presión de tus ardientes manos. ¿No ves como te miro que, apenas percibo lo oscuro de tus ojos, perdido en la afilada dentera de mis ansias.

EL HOMBRE

Deja cauce al amor que va tras océanos de deseo. Que puertas y ventanas se abran a los aires del beso. Da

rienda suelta al embeleso. Deja que espuma y ola nos
den lecho salado. Cumplan los labios su misión mas
alta. Demos la piel a las caricias, su olor a los ser-
tidos extasiados.

Se han encendido las mejillas de los amantes. Por
el camino de los brazos, el amor tamiza la llama
de los ojos enamorados. Las manos del hombre se
han perdido la espesura otoñal de los cabellos de
ella. Y es la voz del hombre la que dice.

EL HOMBRE

¿Si yo fuera río?

LA MUJER

Yo, agua clara.

EL HOMBRE

Si bosque rumoroso

LA MUJER

Yo, planta iluminada.

EL HOMBRE

Si cielo azul, profundo

LA MUJER

Yo, estrella iluminada.

EL HOMBRE

Si humeda tierra

LA MUJER

Yo, gusano de ella.

EL HOMBRE

Si rojo clavel

LA MUJER

Yo, perfume arrebatado.

EL HOMBRE

Si boca suplicante

LA MUJER

Yo ardiente palabra y beso enamorado.

Las dos lenguas dentro de un mismo cofre han descubierto el misterio de amor mas hermoso. Dos libélulas unidas vagando por el aire. Un boton en la rama abriendo su corola. Canta en voz baja el manantial cercano.

El arbol que sirve de dosel a los amantes abre al mediodia su caudal de verdura. La sombra se intensifica y presta humedad al aire bajo que bajo las hojas da frescor a los que se aman.

Gusta la boca de la oreja, del cuello, y de los ojos. Las manos se estremecen. La voz se hace sorda, espesa. El goce busca sus caminos.

El hombre prosigue:

EL HOMBRE

!Amor!, !Amor!, !Amor!, !Oh carne tan sabrosa que la manzana la envidiara!. !Oh perfume de nardo apetecido! !Oh corazón cantando bajo la comba amada! !Humedad de tu boca! !Luz de tu mirada! !Melodía de tu voz! !Perfume de tu piel anacarada!. !Que dos anhelos tus brazos! !Que paisaje a recorrer, la maravilla de tu torso! !El camino rosado de tus piernas!

LA MUJER

!Tuyos! !Tuyos! !Tuyos mis dominios! !Para ti mi hermosura! !Se aire para que pueda respirarte! !Agua para beberte! !Fruta sabrosa para devorarte! !Cadena fuerte para dominarme! !Garra de amor para el degarro! !Dulce peso a la carne! !Forma imprecisa, ardor helado para el rincón oscuro donde se esconde el goce!

EL HOMBRE

!Mujer!

LA MUJER

!Hombre!

EL HOMBRE

!Amor!

LA MUJER

Te amo!

EL HOMBRE

!Adoración!

LA MUJER

!Te adoro!

EL HOMBRE

!De la mañana alondra!

LA MUJER

!Rui señor de la tarde!...

¿Que vaho turbador 'sube de los arroyos? !Qué ponerse de pie el de las espigas! !Qué sangre salpicada entre los trigos el rojo adornece - dor de la amapola! Late la sangre en los puntos marcados del pulso. Hay una evocación de violetas. Y una bandada de palomas nieva las ramas altas del olmo.

El manzano inmediato enciende las luces de las hojas y se desprende de ellas bajo un fondo musical de violines...

Los amantes, entrelazadas sus manos, suspiran a la tarde. El brazo del hombre es ahora, blanda almohada a los cabellos grises de la mujer. En vano intenta ella, con su mano libre a la voluntad, dar erección al seno fatigado. Hay una fuga de hojas amarillas mientras solloza la lluvia sobre el corazón del crepúsculo.

El hombre vuelve a hablar:

EL HOMBRE

Si tu alma tuviera un amplio barandal al Sentimiento, yo me asomara en él para verte saludar con tu pañuelo. Si tu corazón tuviera altos muros, puertas cerradas con llaves perdidas en el olvido, yo los franqueara para cerrarme en su recinto. Si tu voz se

perdiera por las esquinas del viento, yo la buscara hasta guardarla en mi oído.

LA MUJER

Si tu fueras rama de laurel, en ti me apoyara. Si tu fueras arco perfecto en las arquitecturas, del sol y la lluvia bajo tu curva me amparara. Si tu fueras libro, en ti leyera. Si tu hilo fino, contigo mis lágrimas enjugara.

EL HOMBRE

Prestame tu regazo para reclinar mi frente.

LA MUJER

Da rienda suelta a tu palabra sabedora.

EL HOMBRE

Canta la triste canción de "el Amor que se fue y no vino".

LA MUJER

Explicame en silencio lo que quiere decir Presente

EL HOMBRE

Presente, es un mañana, y un ayer pasado. Es un recuerdo y una ilusión. Es la comprobación de lo fugaz... Es, nada.

LA MUJER

Volvamos al amor.

EL HOMBRE

Estoy cansado

LA MUJER

Y yo cansada.

EL HOMBRE

Volvamos al amor

LA MUJER

Canta la triste canción de "el Amor que se fue y no

vino!"

!Con que tristeza se ha marchado el día! !que tinieblas de cosa consumada envuelve esta señalada noche! El árbol es ahora, una arisca realidad de ilusión fenecida. El viento tiene filo de cortante guadaña. En vano quiere la nieve aclarar la negrura mientras cae tan silenciosamente que se puede escuchar el pensamiento. Perdida las bocas su blancura, la voz es ahora una canción partida. Y dice el hombre con trémolo en la voz, con blanco en los cabellos.

EL HOMBRE

Aun quisiera sentirte a mi lado, Mujer. Tu eres mi costumbre, la lectura repetida y siempre amada. Arbol que planté, espejo empañado. Aun quisiera tener-te.

LA MUJER

¿No escuchas la llamada que da miedo a los hombres de valor extremado? ¿No sientes que en el frío viene una mano helada que hace crispas la sangre, y pone en la garganta afilada guadaña? Ya no habrá mas suspiros en la boca cerrada.

EL HOMBRE

Tengo miedo a estar solo.

LA MUJER

Yo, a la puerta entornada.

EL HOMBRE

La cerraré con llaves de piedra ilusionada.

LA MUJER

Escucha el golpe sordo de la postrer llamada.

EL HOMBRE

!No corteis la madeja!

LA MUJER

Es tardé, está cortada

Como mueren los árboles, la flor de corta vida,
el pájaro que cantó en la enramada, bajo el
árbol desnudo, la mujer acabada. El Hombre es-
pera solo la próxima llamada.

Santiago ONTAÑÓN



12 DE DICIEMBRE 1930



Noche de nieve y ventisca, de frío, la noche del 12 de Diciembre de 1930.

En Jaca se inicia una gesta heroica, un zarpazo de fiera que quiere romper los barrotes de la jaula.

Fermin Galán, Angel Garcia Hernandez y otros cuantos, no muchos, hombres de temple, en el Pirineo aragonés se alzan bravamente y la audaz aventura acaba con la tragedia de unos fusilamientos.

La sangre de los dos capitanes es precursora de tanta más y tan generosa que se ha derramado en España por la libertad y la independencia.

La noche del 12 de diciembre de 1930 fue noche sin luna, noche de hielo y nieve en la que, cuando Fermin Galan termina su arenga a los soldados, la nevada cayendo sobre él le ha envuelto en blanco sudario como terrible presagio de su fin.

Quienes vivimos allá y aquí aquellas horas dramáticas, los que eramos amigos y colaboradores de Fermin le recordamos con emocionado cariño.

MARIA GUERRERO

MARIA Guerrero, o Doña María, como se la sigue llamando entre la familia teatral, ha dejado vacío en el teatro español, que posiblemente - como en el caso de Maiquez - tardará varias generaciones en llenarse. No se da con facilidad un caso como el de María Guerrero, pues a sus cualidades artísticas hay que añadir el tesón, la capacidad de trabajo, su formación artística, la ayuda y colaboración de su padre, primero, y luego la de su esposo. Juntos estos dos grandes actores consiguieron llevar el teatro español a tal grado de esplendor, que causa asombro el ver que los encargados de conservar la tradición, no solo lo han degradado hasta el extremo en que lo vemos hoy sino que a juzgar por los primeros pasos de después de la guerra, han de prostituirlo mucho más.

María Guerrero es hija de un acomodado mueblista y tapicero, hombre de gusto que conoce Europa, caso raro en su época. Da a su hija una educación esmerada. Al conocer la vocación artística de ésta, lejos de contrariarla, como era lógico esperar en un burgués del ochocientos, fomenta esa vocación y la anima con sus inteligentes consejos. La lleva a ver las mejores compañías nacionales y extranjeras. La hace seguir unos cursos de declamación con la gran actriz Teodora Lamadrid. Que estudie música y canto. María Guerrero consigue ser una pianista y artista notable.

El padre, que en el fondo comparte las aficiones artísticas y las ilusiones de su hija, habilita un estudio, decorándolo con gusto y riqueza, donde la futura actriz reúne a los jóvenes de su edad, de ambos sexos, adelantándose en esto como en todo a su tiempo. Allí acuden todos los que tienen inquietudes artísticas. Se habla y se discute de arte, se hace música, se canta, se leen poesías y, sobre todo, se de-

clama. Pronto se distingue entre sus compañeros de juventud, por su personalidad, por sus cualidades artísticas, por lo atrevido de sus opiniones, por su originalidad en el vestir.

En 1885 ingresa por fin en un teatro. Es éste el de la Comedia, donde muy pronto se destaca como damita joven. Pasa al Español como primera actriz a la Compañía de Ricardo Calvo, hermano del gran Rafael y tío del actual. Allí obtiene sus primeros éxitos grandes, con las obras de Echegaray "Siempre en ridículo", "Un crítico incipiente" y "Mancha que limpia". Y sobre todo con la doña Ines del Tenorio, papel que puede decirse estrenado por ella, pues hasta entonces en esta comedia se iba solo a ver el don Juan.

Con esto una actriz de temperamento vulgar se hubiera dado por satisfecha. Ella no. Otra hubiera continuado el camino emprendido. Maria Guerrero deja el Español, se va a Paris, asiste a las clases de declamación de Coquelin, se perfecciona en el idioma hasta poder trabajar durante dos temporadas con su maestro y con Sara Bernhardt.

De regreso a su patria ingresa de nuevo en el teatro de la Comedia de Madrid, que continua bajo la dirección de Emilio Mario y que esta vez cuenta como primer actor con la figura ilustre de Antonio Vico. Entonces, al revés de lo que ocurre ahora, el teatro de la calle del Príncipe, no solo era un teatro serio sino el primero de España. En esta época es cuando termina de formarse artísticamente, esta gran actriz que no ha tenido rival en su tiempo. Sus éxitos más notables de entonces, aparte de algunas comedias de Echegaray, son "La de San Quintín", "Realidad" y "La loca de la casa", de Galdós; "La Dolores", de Feliu y Codina y "María Rosa", de Guimerá.

Poco después conoce a Fernando Diaz de Mendoza, que de aficionado aristocrático había pasado a actor profesional. Formaron compañía llevando como primer actor y director a Ricardo Calvo, anteriormente citado. En 1896 contraen matrimonio y al año siguiente emprenden su primera excursión a América, a donde han vuelto sin interrupción durante treinta años. En 1898 hicieron una excursión por Europa, trabajando mes y medio en Paris y luego en Milan, Turin, Génova y Roma.

Maria Guerrero en colaboración con su esposo, elevó considerablemente, así como la consideración social a los autores.

A su dirección artística se debe el haber resucitado

una cantidad asombrosa de piezas de nuestro teatro clásico. Dar a conocer las mejores obras de los autores extranjeros de su tiempo. Muchas veces las traducciones eran de ella, que hablaba francés, inglés e italiano. Un detalle que merece citarse como ejemplo. A los cuarenta años se puso a estudiar griego clásico para estudiar los clásicos helénicos. Ponía en escena las obras con una propiedad y una fastuosidad verdaderamente regias, y ella intervenía en todo, en el decorado, en los figurines, en la música. Era infatigable.

Para poder atender mejor a todo decidió vivir en el teatro durante sus temporadas de Madrid. Fue entonces cuando compró el Teatro de la Princesa, lo decoró con magnificencia y encima del Teatro construyó su casa con una severidad y un buen gusto exquisito en consonancia con su rango artístico.

Ya en la Princesa estableció un abono de dos días a la semana. Uno de ellos dedicado a estrenos dando a conocer los valores jóvenes de su época. El público de estos abonos, que estaba formado por el aristocrático todo Madrid, debía asistir de rigurosa etiqueta. Pero al mismo tiempo, María Guerrero y Fernando Díaz de Maradoza, grandes señores de la escena, no sentían repugnancia de acercarse a los trabajadores, sino todo lo contrario y en muchas ocasiones, sobre todo en los estrenos mandaban un buen número de localidades a la Casa del Pueblo. Es más, el teatro de los obreros, de la calle de Gravina lo inauguraron ellos, trabajando en él, después, muchas veces. Era emocionante ver a los obreros, al terminar estas representaciones, seguir a sus artistas predilectos hasta el auto y rodear éste entre aclamaciones.

Durante las temporadas de la Princesa, además de su repertorio clásico, de las reposiciones de los románticos españoles y de los autores ya consagrados como Benavente, los Quintero, Linares Rivas, dió a conocer a Valle Inclán, cuya obra "Voces de Gesta" escandalizó por su crudeza al público aristocrático de la Guerrero.

Un acontecimiento de aquella época por la magnitud del éxito, fue el estreno de "La Malquerida" de Benavente en 1913. Poco después se estrenó "El destino manda", de Paul Hervier, cuya traducción era también de don Jacinto. Se celebró un homenaje en honor de autor y este se quedó deslumbrado al ver el lujo con que habían puesto en escena su obra. La única decoración que precisaba su obra, era corporea, tenía un friso de ma-

91

dera y una escalera de verdad, así como las molduras y puertas. Los panneaux eran de seda. Los muebles, alfombras, tapices y arañas de gran valor y un retrato de la actriz, de tamaño natural, con el mismo vestido que sacaba en la Comedia, debido a los pinceles de Sala, pintor muy en boga por entonces.

A María Guerrero, se le ha criticado mucho su excentricidad y teatralidad en su vida privada. A mi juicio esa crítica es injustificada, por creerla precisa en los artistas célebres. Además ella contribuyó tanto como su calidad artística para honrar a su patria y al teatro español en sus excursiones por el extranjero.

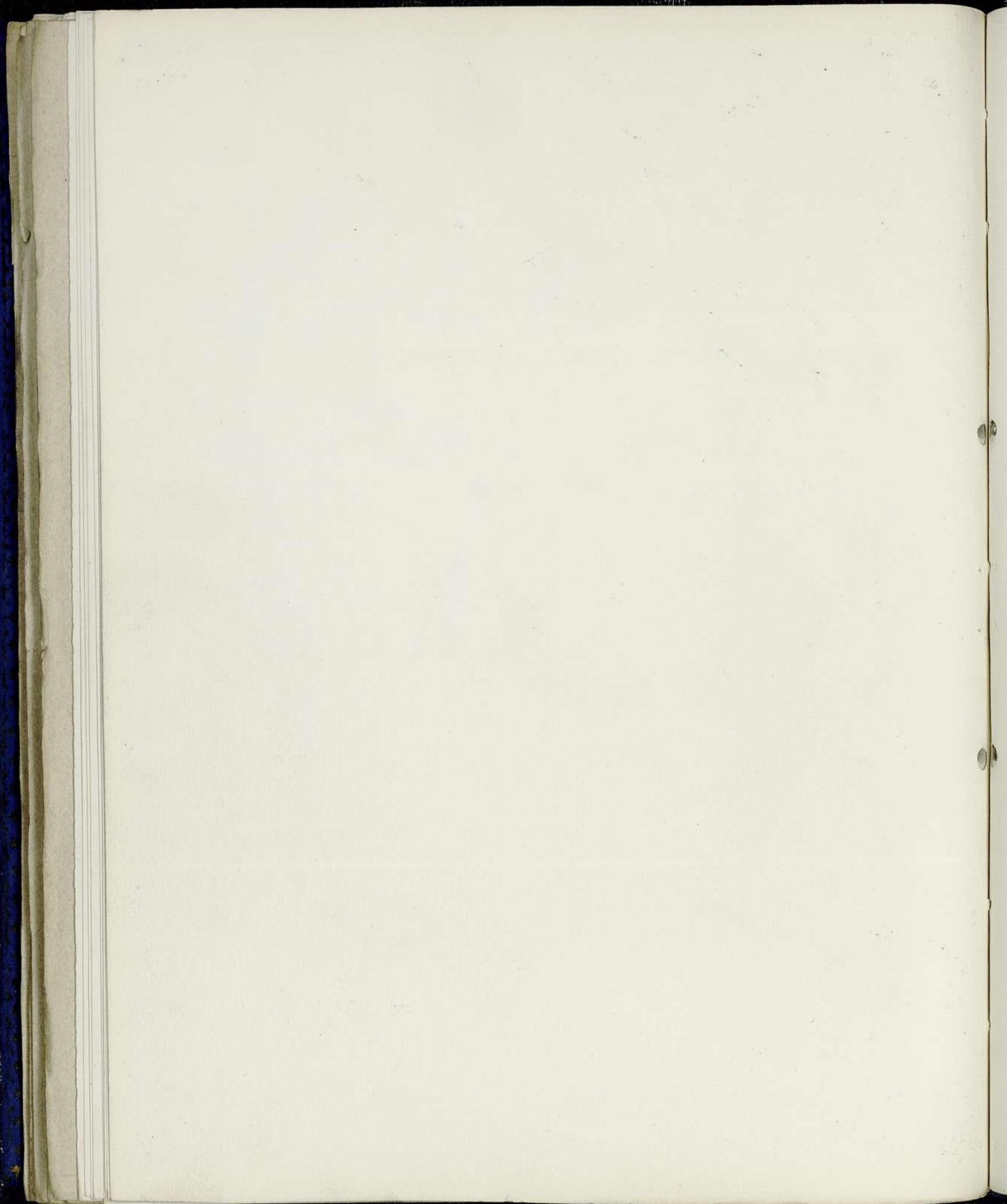
Uno de los grandes ideales de toda su vida fue erigir un gran teatro en Buenos Aires. Llegó a conseguirlo en sus últimos años, aunque este triunfo fue motivo de grandes amarguras para ella. Metió en él todo el dinero que tenía llegando a hipotecar el teatro de la Princesa de Madrid, dos millones de pesetas en total. El resto, por acciones, se hizo con dinero argentino. El teatro se construyó con materiales españoles hierros forjados, azulejería sevillana. La puerta principal, copia exacta de la fachada de la Universidad de Salamanca. Como el teatro estaba enclavado en muy mal sitio, arruinó a doña María que ya estaba en la vejez.

Por el año 20 se celebró un homenaje nacional a la actriz y su marido. En el Paraninfo de la Universidad se congregaron todas las autoridades y celebridades de Madrid. Se leyeron los discursos de rigor y se les impuso la gran cruz de Isabel la Católica. El mismo día por la mañana, desde una tribuna, presenciaron el desfile ante ellos de todo el pueblo de Madrid. Actrices y modistillas tocadas con mantilla, el ayuntamiento en pleno y todos los sindicatos con sus banderas y estandartes. Un desfile que duró varias horas.

Su muerte constituyó un duelo nacional. Era impresionante el interminable desfile del pueblo de Madrid ante el cadáver, como la espontánea manifestación que acompañó al entierro. Entre los centenares de coronas destacaba una monumental de flores rojas, cuyas cintas decían: "A la gran trabajadora María Guerrero, la Casa del Pueblo".

Edmundo BARBERO





Amor - Deber - Amor

(CUENTO)

EL MUERTO.

Cuando le dió el último golpe en el craneo D. Paco soltó sus presas y cayó sobre el borde del estanque, arrastrando en su derrumbamiento a Salvador casi desmayado. Fueron unos instantes. Rehecho, se incorporó sobre su víctima. D. Paco, tendido, con los brazos péndulos, sobre el ancho pretil del pequeño lago, mostraba su cabeza colgando, cara al sol abrasador de la mañana de Agosto.

Su boca entreabierta, como negra sima, enseñaba los amarillentos dientes coloreados por el oro y el sarro. Un hilo de espuma y baba sonrosada se deslizaba por una mejilla hasta perderse en la cabellera rala y mal teñida del muerto.

Los ojos vidriosos parecían mirar opacamente. De un boquete, que medio ocultaba el pelo, brotaba la sangre negruzca y en cuajarones.

Salvador, aturdido, semiinconsciente contemplaba el rostro del odioso enemigo, y de su alma, llena de generosidad y limpia de rencor, brotó un sollozo y sus facciones finas y pálidas de hombre

de estudios y vigiliass se contrajeron de tristeza.

¿Qué había hecho él? ¿Por qué a sus palabras de concordia y modestia contestó a qué bárbaro con groseros insultos? ¿Por qué, en vez de dejarle marcharse le sujetó para golpearle como un carretero, abusando de su fuerza y de la pacífica condición de quien le aconsejaba fraternalmente, de quien había ido en una misión de paz?

Igual que algo ocurrido largo tiempo atrás, cuando acababa de acontecer, recordó su pugna por desasirse del agresor, la zancadilla de éste, su caída al suelo, junto al estanque, asido barbaramente del cuello, casi asfixiado y los desesperados golpes que con una piedra puesta en su mano por la fatalidad le asestará en la cabeza para que todo: bravuconería y prudencia, dominio físico y debilidad exasperada diesen aquél resultado. Un hombre muerto, des trozado el craneo, vidriosos los ojos, péndulos los brazos, al borde un viejo estanque.

Rápido, se irguió Salvador y compuso el desorden de su atuendo. Al inclinarse pa-

ra recoger su sombrero vió junto al muerto la arrugada carta, por él escrita y que D. Paco blandía airado al comenzar la trágica reyerta. Instintivamente la levantó del suelo y la guardó en un bolsillo.

Aun contempló otra vez a su víctima y, movido por un impulso de que no se daba cuenta, puso la cabeza al nivel del cuerpo. Una fuerza misteriosa parecía sujetarle allí. Sobre la frente del muerto se posó una zumbadora mosca que Salvador ahuyentó con su mano en un gesto de respeto a la muerte.

INAPERCIBIDO.

El auto corría como una centella, devorando kilometros, sin encontrar alma viviente en aquellas primeras horas de la mañana de caliginoso Agosto

Salvador, aferrando al volante, pisando nerviosamente el acelerador, parecía poseído del vértigo de la velocidad y las mas cerradas curvas las pasaba sin disminuir la marcha, con automática maniobra.

Y así cruzó la frontera, y así llegó a su garage y encerró el coche, y así entró en el Hotel, sin que nadie parase la atención en él, rápido, inapercibido.

INDIFERENCIA Y MISTERIO.

El dramático desenlace de la vida de D. Paco fué acogido sin sorpresa alguna, y el mas piadoso, el que no se alegró mostrose indiferente. Era, lo descontado, lo que todos preveían. Vicioso, dominante, provocador, de malos sentimientos, D. Paco no podía morir de otra manera.

Ni una pista ni un indicio. ¿Una mujer engañada? ¿Un acreedor? ¿Un rival amoroso?... Pasaron los días y las semanas y los meses, y todo fué olvidado. Una única sospecha recayó sobre un individuo de equívoca fama y éste acababa de desaparecer en los misterios de un viaje a América. La causa, unos centenares de pliegos polvorientos, quedó archivada en una estantería de la Audiencia.

Era el misterio del asesinado en el

estanque. Poco tiempo fué preciso para que la gente, ávida de actualidad, dejase de hablar de aquél drama.

DE GARA AL DESTINO.

La muerte, que tantas veces es liberadora, aunque devolvió la tranquilidad a Isabél y al niño, tuvo, por otra parte, crueldades angustiosas.

D. Paco solo había dejado deudas que hacían mas bochornoso su recuerdo y aunque Isabél pudo eludir las tuvo la elegancia de pagar hasta el último céntimo, quedando en la mayor ruina, pero rodeada de prestigio y respeto.

Por aristocratismo bien disculpable la pobre viuda, vendida la finca heredada de sus padres, recogió un poco de ropa y los muebles mas modestos para buscar en Madrid no sosiego en su vida, acaso rota para siempre, sino lugar donde esconder su miseria y campo donde ensayar actividades para el porvenir.

¡Qué triste despedida de aquella casa con honores de palacio, de aquél parque lleno de belleza, de las dormidas aguas del estanque!

Las ruedas del taxi, al deslizarse sobre la nieve del camino flanqueado de arboles, iban dejando dos largos surcos sobre la albura de la avenida y los copos caían revoloteando movidos por el viento. La helada corteza del pequeño lago parecía un empañado espejo. Todo era misterio y soledad.

Isabél y su hijo estaban frente al futuro.

SUEÑOS DE MADRE.

Sobre la mesilla de noche el vaso con el calmante que asegura el sueño, sobre la falda el libro abierto y en su pálida mano la manita del niño abrazada por la fiebre.

Isabél, con la imaginación desbocada soñaba despierta, agarrándose en su ansia de vida y de felicidad a la vida, pensando, no ya en su juventud, sino en aquél capullo de rosa, en el niño que era su único tesoro, en aquella criatura todo delicadeza y bondad

belleza y sentimiento, ternura y talento.

No lo veía, no quería verlo ni enfermo ahora, ni maltratado y desatendido antes por un hombre cruel e indigno de algo tan excelso como la paternidad.

No lo veía, no podía verlo, con la alarmante palidez de la anemia, ni se resignaba a recordarlo sufriendo los golpes de aquella fiera que agravaba sus torturas con la abyecta suposición de que no era hijo suyo, al contemplarle tan distinto y opuesto a él.

Su amor de madre se lo representaba fuerte y sano y triunfante en la vida. Asombro de niño por su belleza, portento de gallardía, inteligencia y valor, cuando mozo; poderoso y respetable, ya de hombre. Y junto a él, eternamente unida, ella, la madrecita que tan amorosamente se asomaba a los espejos de sus grandes hijos de gacela.

Sonaba despierta, en un bello optimismo que la hacía fuerte ante la desgracia y el desengaño, pues aunque muy contra su gusto, la Sra. de Arenas había logrado para ella un puesto en el Teatro Clásico.

No había opción. Los recursos se habían agotado y sus talentos como dibujante y sus desvelos de traductora nada apreciable aportaban. ¿Coser, bordar, sombreros? Nada dejó de intentar. Solo quedaba el teatro. La Sra. de Arenas sabía que Isabél, tan elegante y culta, había sido la discípula más artista del aristocrático colegio en que se educara. Al principio serían papeletos sin importancia, pero el éxito lo tenía por seguro.

Isabél era a pesar de su desgracia, de aquellos seres que viven abrazados a la esperanza, y a cada embate del destino una nueva ilusión espoleaba su voluntad vacilante.

Un pesar afligía, sin embargo, su pobre corazón. Creyó ella que muerto su marido y satisfechas con el tiempo las conveniencias sociales, Salvador, su amigo de la infancia, el novio de los años niños, acudiría a ella, y la dura realidad era que el tiempo pasaba, ya se acercaban los dos años y nada sabía de él, ni su presencia deseada ni su

esperada carta. ¿Seguiría en Francia? ¿Le habrían llevado su neurastenia y su misantropía a más lejanas tierras? Su último libro, publicado meses antes de la tragedia, era nota llena de melancolía, versos de irreprochable belleza engarzados en la hermosa joya de un drama hondamente humano y emotivo.

En esta semisomnolencia encontró a Isabél la Sra. de Arenas. A sus bondadosos cuidados dejó el niño. Era la tarde de su debüt.

ANTE EL ENIGMA.

Aunque la noticia de la aparición en la escena del Teatro Clásico se había dado con toda discreción, concurrían en Isabél características sociales que unidas al recuerdo de la misteriosa muerte de su esposo, prestaban a su debüt un interesante atractivo.

Salvador no pudo sustraerse a lo que de manera fortuita llegó a su conocimiento y como una fuerza ciega, que nada puede detener, marchó a Madrid sin un propósito determinado, acaso sin darse cuenta él mismo de lo que le empujaba a salir de sus soledades de la costa cántabra en busca del enigma que suponía subir a las tablas la mujer adorada, la exquisita Isabél la flor de estufa que estrujaran las odiosas manos del muerto por él.

El foyer del Teatro Clásico, lleno de intelectuales, críticos, artistas y aristócratas, era mentidero donde todos y cada uno vertían sus más o menos veraces noticias y en el que se comentaba lo divino y lo humano.

La presencia de Salvador, figura procer de la literatura moderna y a quien su posición y su misma hosquedad prestaban atractivo y encanto, fué acogida, con interés por todos, y algunos, más adentrados en las intimidades del escritor, con cierta malévolá complacencia. ¿Qué relación existía entre el debüt de la hermosa viuda y su añeja amistad con el poeta?

Cerca del grupo en que él se encontraba había dos señores que hablaban de la nueva actriz. Uno de ellos le -

vantó una punta del velo de Isis y enteró a Salvador de la angustiada situación económica de Isabél, de la enfermedad de su hijo Mariano cuya anemia iba tomando alarmante proporciones y por si todos estos datos no fueran suficiente dolor para él, aun se clavó en su alma el afilado dardo de la insinuación de que quien lograra el debút de la viuda era alguien que andaba asediandola, locamente enamorado, y que al llevarla a aquél ambiente buscaba conseguir lo que por su condición de casa do no esperaba alcanzar con mas respetables medios.

Obedeciendo al instinto, que así le aconsejaba, y tras de averiguar las señas de Isabél, dejó el teatro para ver al niño, aquella criatura tan linda y bella de quien él hubiera querido ser el padre. Pensaba solo darle un beso y estudiar luego la manera de resolver la situación de aquellos seres y de los que le separaba, como un abismo sin fondo y un rio de sangre, la muerte de un mal hombre.

Nada mas le restaba por hacer, pensando, tristemente, que el enigma acaso estaba descifrado.

EL DEBER.

En la misma silla que ella ocupara encontró sentado a Salvador, retenido como si fuera un puño de hierro, por la manita abrasada de fiebre del niño que dormía sonriendo dulcemente y que en su delirio mezclaba su nombre con el nombre de la madre.

El médico acababa de marcharse. La Sra. de Arenas, aprovechando la presencia de Salvador, había salido un momento. Volvía la nueva actriz moderadamente satisfecha porque el éxito de su debút lo aminoraron las hipocritas felicitaciones de sus compañeras y no muy veladas indirectas al enamorado protector, de quien traía un hermoso ramo de flores.

Fué un encuentro en que la emoción rompió el hielo que en ella formase la supuesta indiferencia de Salvador y en Salvador la sospecha de que Isabél no tardaría en caer en brazos de un amor clandestino.

De los ojos de la hermosa mujer brotaron las lágrimas, esas lágrimas alas que San Agustín llama sangre del alma.

No se aludió al pasado que los dos huían temerosos. Se habló solo del deber y ella, inteligente, comprendió que su deber le alejaba de la escena, no por la escena en sí, sino por lo que en ella había de peligroso para su honor que era el honor de su hijo. El, abnegado, conociendo ya en toda su intensidad el drama de aquellos seres, no desoyó la voz de su conciencia que le obligaba a ser para ellos lo que no había sabido ser el hombre que él matara

Y supo hacerlo con exquisita delicadeza, sin herir la susceptibilidad de la mujer adorada. El precisaba unas copias muy cuidadas de sus escritos y nadie como ella habituada a su letra y tan culta, para este delicado trabajo. Y como además tenía que recoger datos y referencias en bibliotecas y archivos y corregir pruebas en la imprenta la obligó a tener su auto a la orden pues él prefería otro que conducía por sí mismo. La larga convalecencia del niño fué el pretexto para encargarse personalmente de su educación, para encauzar inteligentemente su vocación musical y de enseñarle los misterios del divino arte se ocupó un viejo maestro belga, maravilloso violinista. Escritor y músico buscaban con frecuencia motivos para quedarse a comer con la viuda y el niño a quienes llevaban, con golosinas y regalos, compañía y cariño y seguridad en el futuro.

EL AMOR QUE MATA.

Renació el amor que antaño enterrara el deber en Isabél; aumentó el cariño en Mariano para quien Salvador era un dios mas que un padre; crecieron la pasión y el dolor en el poeta que, apretandose el corazón, refrenaba emociones y sentimientos porque de su alma no desaparecía el recuerdo trágico, la sangrienta visión de aquello que él no consideraba como un crimen pero que ocasionara la orfandad del niño y que, de saberlo, sería el inevitable fantasma para Isabél si de ella hiciera su mujer.



A medida que Mariano y su madre recobraban salud y alegría, Salvador, consumido de melancolía, enfermo de incurable mal, se desmejoraba y decaía. Su neurastenia, agudizada cuanto más contenida, acabó por atacar su cerebro. Las fuerzas físicas, afectadas antes que las morales, le fallaron. Solo a costa de sobrehumano sacrificio podía llegar a casa de la bienamada y allí, fingiendo cansancio por una caminata o una trasmochada, se desplomaba en una butaca y gozaba el lancinante dolor de la enamorada inasequible, la angustia de quien está ante la clara linfa de una fuente cuya agua jamás podrá desalterar su sed de cariño.

El temperamento amoroso y noblemente sincero de Isabél ofrecía a Salvador frecuentes ocasiones de expresarle su afecto y aun al aludir a sus pasados amores buscó la resurrección de ellos. El niño, con inocente malicia que reiteraba con frecuencia, les preguntaba a una y otro por qué Salvador no podía ser su papá.

Salvador callaba, simulando distracción, cuando no contestaba hurafamente burlón.

Era su deber, aquél deber que le llevó a tanto que hasta rescató la casa solariega de Isabél, la casona del parque poblado de centenarios árboles y del estanque en cuyas orillas la muerte hizo naufragar la nave de su felicidad.

Un día faltó. Alarmado el niño telefonó a su amigo y en lo débil y cansado de la voz que le contestaba comprendió que la respuesta no era verdad, que no había sido una visita imprevista lo que retuvo al escritor en su casa.

Nadie pudo contener al chiquillo que corrió al lado de aquél que lo era todo para él, su amigo, su dios, su padre.

LA UNICA VERDAD.

Larga y penosa fué la dolencia de Salvador y de la cabecera de su lecho no se separaban ni la enamorada Isabél ni el apasionado Mariano.

Entre la vida y la muerte, entre la

razón y la locura luchaba Salvador, tan pronto presa de calentura que le hacía decir incoherencias como abrumado por muda misantropía.

Su juventud, no tanto acaso como los cuidados de aquella mujer y aquél niño, triunfó de la Descarnada. La enfermedad hizo crisis y la convalecencia, ayudada por las dulzuras de la primavera fué dándole energías físicas y serenidad a su espíritu.

Isabél, una mañana abrilera en que el sol era como una caricia, abordó junto a Salvador el problema en términos que éste no pudiera rechazar.

-Ya estás bien, Salvador; pronto podrás reanudar tu vida, pero ahora quiero que tú, tan bueno y tan caballero para conmigo y mi hijo, nos devuelvas algo que nos has quitado.

-No te entiendo, contestó el enfermo alarmado e inquieto, ¿qué os he podido quitar yo? ¡Explicame, por favor!

-Sí. Nos has quitado la esperanza de ser algo más que tus amigos... ¡Y es una mujer quien te lo ha de decir! Acaso tienes compromisos que no te lo permiten, o el cariño que me demostrabas en otro tiempo y que aún ahora me demuestras con tantas bondades no es más que caridad hacia unos desgraciados.

El rostro pálido de Salvador se puso como la cera, su corazón latió fuertemente.

Ya no podía más. Miró a la enamorada con infinito amor, miró a través de la entreabierta puerta al niño que, en la habitación inmediata, parecía absorto en la lectura, se miró a sí mismo por dentro y hundiendo su rostro en la almohada rompió a llorar.

Dejó Isabél que el río de sus lágrimas aliviara al triste y cuando al fin se repuso cogió sus manos y le exigió que hablase.

Ya no podía más. Como el condenado que ante el piquete de ejecución quiere dar la voz de mando, Salvador fijó sus ojos, trágicamente sombríos, en los claros ojos azules de Isabél y exclamó:

-No puede ser. El que mató a Paco... La blanca mano de la divina mujer le cerró los labios y los suyos musitaron

quedamente:

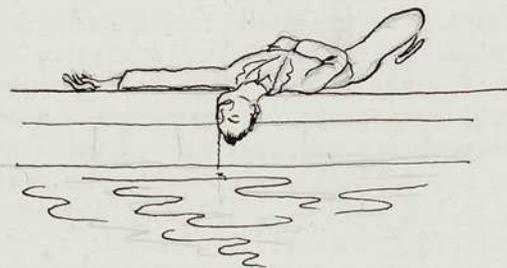
-Hace muchos días que lo supe...Palabras tuyas en noches de delirio, el sobre que con tu letra se encontró junto al cadáver de Paco...No lo matastes tu fué el destino...Tu estás, inocente, bien perdonado con tu conducta. Sigue haciendo la ventura de ese niño, sé su padre, su verdadero padre...Y haz también, si me quieres, mi propia felicidad

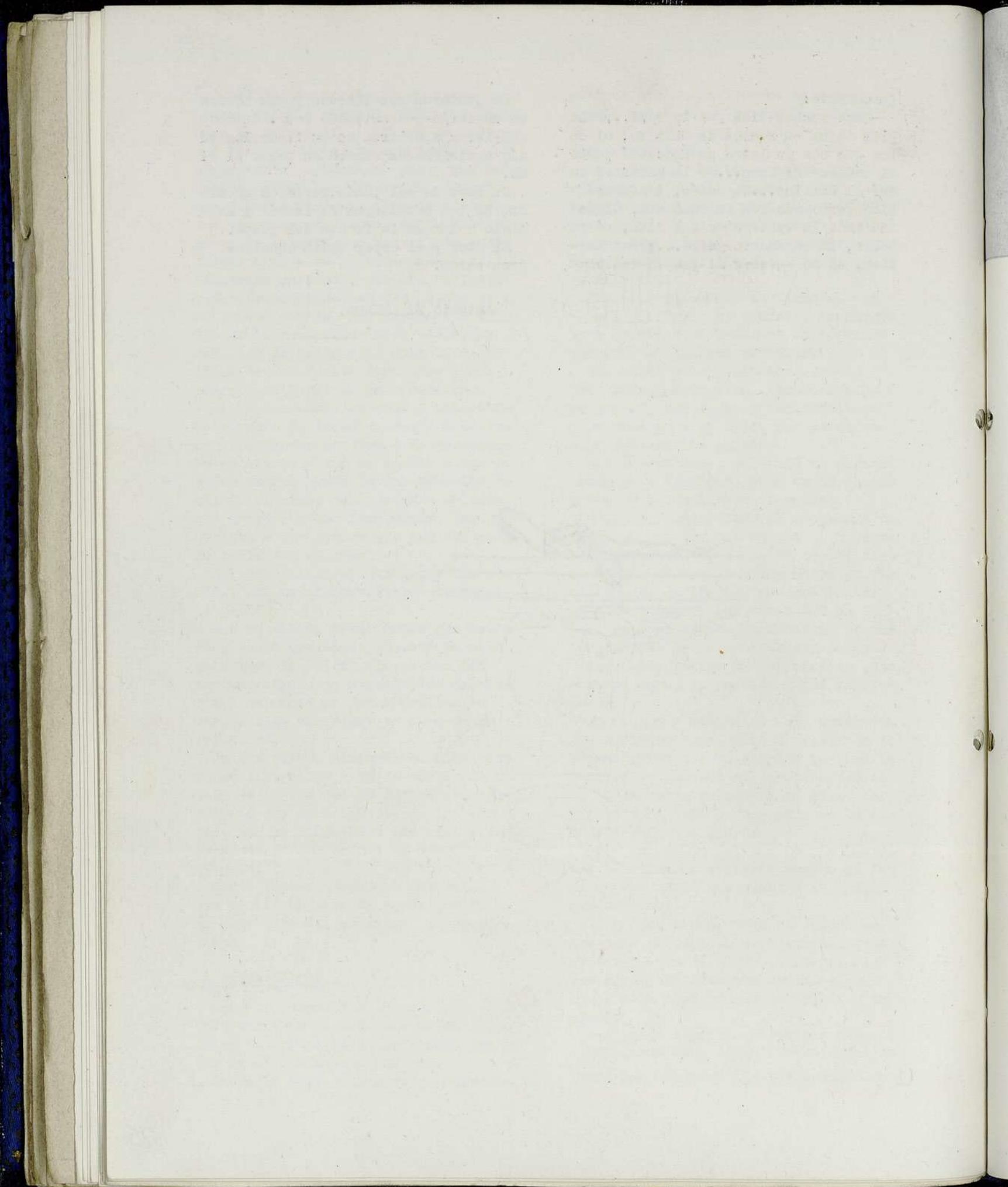
Se juntaron sus cabezas y sus labios en un largo y apasionado beso. Cuando quisieron apartarse no pudieron, los tenía aprisionados contra su pecho el niño.

Un rayo de sol ponía reflejos en el oro de las cabelleras de Isabél y Mariano y luz en la frente del poeta.

El amor y el deber unían aquellos tres seres.

Antonio DE LEZAMA.





CUADERNO DE POESIA

RAFAEL ALBERTI

Nació Rafael Alberti en el Puerto de Santa María (Cádiz). Su primer libro -Marinero en Tierra- coloca su nombre en la primera línea de la lírica española contemporánea, conquistando el Primer Premio de Literatura de 1924. Abierto a todos los caminos poéticos, cada libro de Alberti trae un nuevo aliento, una inesperada expresión. Es uno de los pocos poetas auténticamente populares que hay en la lengua castellana. Pasando, precipitadamente- por el nuevo culteranismo alzado a la sombra del tricentenario gongorino, vuelve a recoger en sus últimos libros el tono popular de "Marinero en Tierra". Su poesía es puramente popular sin la menor concesión al costumbrismo localista. "Poesía popular -ha escrito el gran Juan Ramón Jiménez- pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española, pero sin retorno innecesario: nueva; fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante: andalucísima".

En 1931 publica su adhesión a la Revolución Comunista. En un volumen de poesías completas publicado por la Editorial de la revista "Cruz y Raya" figuran estas palabras del poeta:

"A partir de 1931, mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional."

Siempre fiel a su fé en la causa del pueblo, al declararse la guerra en 1936, escapando a una muerte cierta en la isla de Ibiza, vuelve a Madrid y al frente de un grupo de jóvenes poetas alienta al pueblo en su lucha contra la agresión militarista. Sus romances -moderna contribución al tesoro del Romance nacional- vuelan animadores por las trincheras. Alberti es un nombre de gloria para la España inmortal -muda y sangrante hoy bajo el zarpazo bestial, totalitario del tirano Franco.

I

Recuérdame en alta mar,
amiga, cuando te vayas
y no vuelvas.

Cuando la tormenta, amiga,
clave un rejón en la vela.

Cuando alerta el capitán
ni se mueva.

Cuando la telegrafía
sin hilos ya no se entienda.

Cuando ya al palo-trinquete
se lo trague la marea.

Cuando en el fondo del mar
seas sirena.

II

MI CORZA

Mi corza, buen amigo,
mi corza blanca.

Los lobos la mataron
al pie del agua.

Los lobos, buen amigo,
que huyeron por el río.

Los lobos la mataron
dentro del agua.

III

ROA DE DUERO

Otra vez el río, amante,
y otra puente sobre el río.
Y otra puente con dos ojos
tan grandes como los míos.

Tan grandes como los míos,
mi amante.
!Mis ojos, cuando te miro!

IV

SIERRA DE PANCORVO

Ya no sé, mi dulce amiga,
mi amante, mi dulce amante,
ni cuales son las encinas,
ni cuales son ya los chopos,
ni cuales son los nogales,
que el viento se ha vuelto loco,
juntando todas las hojas,
tirando todos los árboles.

V

PREGON

!Vendo nubes de colores:
las redondas, coloradas,
para endulzar los calores!

!Vendo los cirros morados
y rosas, las alboradas,
los crepúsculos dorados!

!El amarillo lucero,
cogido a la verde rama
del celeste duraznero!

!Vendo la nieve, la llama
y el canto del pregonero!

VI

A JEAN CASSOU

Llévame, viento andaluz,
a casa de Jean Cassou.

Andaluces y franceses
se dan la mano en Sevilla,
mientras en la manzanilla
yervén las ges y las eses.
Para a los tontos ingleses
ver bailar el marabú:
arranca, viento andaluz,
de París, a Jean Cassou.

El inglés, con la morena
que le birla los monises,
en los toros compra anises
y jarabe en la verbena.
Si el Guadalquivir y el Sena
se hablan, borrachos, de tú:
llévame, viento andaluz,
a casa de Jean Cassou.

VII

SALUTACION AL EJERCITO ROJO

Sevilla está lejos, lejos,
en la otra punta de Europa.
Yo vengo desde Sevilla,
desde Sevilla la roja.
Con sangre de los obreros
el Guadalquivir se moja.

Allí sin defensa muere
 la juventud española.
 Hoy el Gobierno de España
 reina en Sevilla con pólvora.
 Yo vengo a la Unión Soviética
 desde Sevilla la roja.

Noche.
 Nieve en Moscú, nieve aquí.
 Sangre,
 sangre en las calles, allí.
 Por la nieve,
 por la nieve yo los vi.
 Desnudas las bayonetas
 van cantando,
 por la nieve iban cantando.
 Nieve aquí,
 sangre allí.

Cantad, compañeros,
 cantad, camaradas,
 que vuestras canciones
 levanten a España.
 Sí, cantad más alto,
 cantad, compañeros,
 a los campesinos,
 soldados y obreros.
 Su sola esperanza,
 cantad, sois vosotros.
 Sevilla la roja os grita:
 ¡Viva el Ejército Rojo!

Toda España arde.
 Sevilla está en llamas.
 Grita Extremadura
 cruzada de balas.
 En Asturias, huelgas
 de minas y fábricas,
 ¡Cantad, compañeros!
 De norte a sur pasa
 un temblor de olas
 revolucionarias.
 Su única esperanza,
 cantad, sois vosotros!
 España la roja os grita:
 ¡Viva el Ejército Rojo!

Desde la Unión a Sevilla
 se yerguen muchas fronteras.
 Para tender un camino
 hay que morir o barrerlas.
 La Revolución de Octubre,
 soldados rojos, es nuestra.
 Se alzarán con las ciudades
 los que trabajan la tierra,
 y de este a oeste, cantando,
 sólo pasará una estrella.

Vuelvo a Sevilla la roja,
 vuelvo de la Unión Soviética.

VIII

LIBERTARIA LAFUENTE

(La madre)

La quiero desenterrar.

Ve el jaramago sangriento
 y las ortigas quemadas,
 las tumbas pisoteadas,
 rotas al agua y al viento.

La quiero desenterrar.

Mis uñas son las piquetas,
 son los desenterradores,
 que no fué en campo de flores,
 fué en campo de bayonetas.

La quiero desenterrar.

Y que no niegue esa gente
 que estos dos pechos cortados,
 que estos brazos arrancados
 son Libertaria Lafuente.

La quiero desenterrar.

¿Habrá quien desmienta ahora
 que Libertaria Lafuente

hizo a un ejercito frente
con una ametralladora?

La quiero desenterrar.

Moja en su sangre la mano
y que los muros, minero,
repitan este letrero:
!Viva el Octubre asturiano!

La quiero desenterrar.

IX

VOSOTROS NO CAISTEIS

Muertos al sol, al frío, a la lluvia, a la helada,
junto a los grandes hoyos que abre la artillería,
o bien sobre la yerba que, de puro delgada
y al son de vuestra sangre, se vuelve melodía!

Siembra de cuerpos jóvenes, tan necesariamente
descuajados del triste terrón que los pariera,
otra vez y tan pronto y tan naturalmente
semilla de los surcos que la guerra os abriera.

Se oye vuestro nacer, vuestra lenta fatiga,
vuestro empujar de nuevo la tapa dura
de la tierra que al daros la forma de una espiga
siente en la flor del trigo su juventud futura.

¿Quién dijo que estáis muertos? Se escucha entre
(el silbido
que abre el vertiginoso sendero de las balas,
un rumor, que ya es canto, gloria recién nacido,
lejos de las piquetas y funerales palas.

A los vivos, hermanos, nunca se les olvida.
Cantad ya con nosotros, con nuestras multitudes
de cara al viento libre, a la mar, a la vida.
No sois la muerte, sois las nuevas juventudes.

DIALOGUILLO DE LA REVOLUCION Y EL POETA

-Vida que te cansa,
miedo que te vence,
duda en que te vi,
toma ejemplo y mira en mí,
que yo nunca jamás me cansé,
que yo nunca dudé ni temí.

-Me levanto y miro:
sangre a la derecha.
A la izquierda, sangre.
Duro es ir contigo.
Pero tú, ante mí.
Tomo ejemplo y miro en ti,
que si yo, gloria roja, te pierdo,
gloria roja, que yo me perdí.

NOTAS DE LECTURA

JUDA DE KIRIOTH por MAURICE MAETERLINCK-En el número 99 de "Les oeuvres libres" aparece una escena inédita de M. Maeterlinck titulada "Judas Iscariote". En ella se plantean dos problemas filosóficos que han sido debatidos desde el principio de la era cristiana y principalmente desde San Agustín hasta nuestros días. Estos dos problemas son : el del libre albedrío y la necesidad del pecado. Maeterlinck los plantea de manera cruda ,de frente, sin grandes rodeos.

".....
 Judas- ¿Entonces; dime, por qué soy yo el que debía hacerlo: yo solo, entre todos aquellos que viven sobre la tierra?...
 Juan- Era necesario que las Escrituras se cumplieran...
 Judas- ¿Pero por qué soy yo el que tenía que realizarlo?...¿Estoy designado por las Escrituras?...
 Juan- Tu estabas designado por toda la eternidad..."

He aquí el problema que se plantearon en toda la Edad Media y gran parte de la Epoca Moderna: el hombre es libre para hacer el bien o el mal o está ya predestinado para el uno o para el otro.

Filósofos que se encontraban dentro de la Iglesia Católica defendieron la posición determinista, como por ejemplo, San Agustín. Considera que la predestinación a la condenación o a la gracia acontece por virtud del libre arbitrio divino, apareciendo por lo tanto Dios como un déspota. En otros puntos de su obra defiende la posición contraria, según la cual, el destino eterno del hombre depende de su propia decisión libre y que la gracia divina

exige la libre colaboración del hombre. Pascál defiende esta misma posición : "la libertad convenía al hombre solo en el estado de inocencia". Por lo tanto desde la caída del pecado, desapareció la facultad de autodeterminación. Todo aliento moral es premio de la gracia divina, que Dios otorga por apreciación libre.

Posición contraria han mantenido principalmente dentro de la Iglesia Católica y entre sus pensadores Santo Tomás . Para él, las normas de la conducta virtuosa es la ley divina, conocida por medio de la razón; y el mal es una falta de coincidencia con la ley y, por lo tanto, es una carencia, una ausencia, un defecto de la voluntad: pero ese defecto es voluntario, pues la voluntad tiene poder para quererlo o no quererlo. Por esta razón, aun cuando Dios lo produce todo, ha de ser absuelto de toda culpa por los pecados del hombre. "Dios es, ciertamente, la causa de la realidad del pecado, pero no del pecado, pues El no es la causa de que esta realidad esté a tacada de un defecto". Como fácilmente se puede apreciar esta posición es poco convincente, pues como Dios, que es la suma sabiduría que lo puede todo, puede no ser la causa de que exista ese defecto. Si no es El ¿ Quien es el causante?

Malebranche que cree que el defecto causante del error y del pecado depende de la unión del cuerpo con el alma, tampoco llega a una posición convincente , pues ¿no es Dios quien realiza esta unión? Todos los que adoptan esta posición fracasan en su "Teodicea" al llegar al punto del porqué el hombre peca.

".....
 Juan- Porque quiere que por tu propia voluntad te eleves hasta él.....

Judas- Pero yo no puedo tener otra voluntad que la suya, ya que todo viene de él.

Juan- Te equivocas, él ha querido dejarte libre...

Judas- ¿Cómo seré libre, ya que él sabe con anterioridad lo que yo haré?...

Juan- Pero nada tiene que ver que él sepa por adelantado lo que tu harás, para que tu no seas libre de hacer lo que quieras...

Judas- Pero si sabe con anterioridad que yo haré el mal, también sabe por adelantado que no me ha dado la fuerza para no hacerlo...¿Entonces, por qué me castigaré?... Yo no lo comprendo.

Juan- Yo tampoco, pero cuando yo estoy delante de él, comprendo y eso me basta...

He aquí la posición que ha mantenido la Iglesia Católica desde Cristo a nuestros días, no ha sabido aclarar este punto y ha tenido que recurrir a la T^e para poder explicar esta quiebra de su posición que va unida a la necesidad de la existencia del pecado.

"....."

Judas- ¿Por qué hacía falta el pecado del hombre? Si el hombre ha pecado, es porque Dios ha querido que pecara; pues el hombre sacado de la nada es simplemente lo que Dios le ha hecho. Es imposible encontrar en él alguna cosa que no proceda de Dios: sinó habría al lado de Dios una potencia que no sería Dios y, por consecuencia, Dios no sería Dios...

Juan- Permite al demonio tentar al hombre con el fin de probarle.

Judas- ¿Qué es el demonio?

Juan- Es el espíritu del mal.

Judas- ¿Dios lo ha creado?

Juan- Sí.

Judas- No comprendo...¿Pero por qué hace falta probar al hombre?...

Juan- Con el fin de que se ennoblezca y purifique.

Judas- Pero si desea que el hombre sea noble y puro, le era tan fácil crearlo como él lo deseaba que hacerlo tal cual es. Si me ha hecho lo que soy, es el solo responsable de lo que soy y, por consecuencia, de lo que hago. El, que lo sabe todo ¿no sabe por adelantado lo

que resultará de la prueba?, y aun me - nos ignora que es él el solo que dá o no dá la fuerza necesaria para vencerla, de suerte que es él mismo el que se prueba..."

Como se vé este problema está unido por completo al anterior; para aquellos que sigan la posición indeterminista o de la libre voluntad para obrar, la solución es dificultosa, pero la explican como hemos visto antes, diciendo que el pecado es consecuencia de un defecto en la unión del cuerpo con el alma, o bien es la consecuencia de no haber preguntado ni atendido a la razón moral y tiene como fin el alcanzar la bienaventuranza o el castigo. Como esta posición falla al pretender justificar la libre voluntad del hombre para hacer el bien o el mal, fracasa aun mas al pretender justificar esta posición.

Los deterministas como San Agustín, explican la existencia del mal diciendo que el mal es necesario como el fondo oscuro en que pueda destacar la perfección moral de Dios. Enseña incluso que el mal no es algo real, causado por Dios, sino un no ser, una mera carencia que no requiere causa positiva alguna, sino que está ya dado necesariamente con la simple existencia de lo finito. La perfección de Dios se manifiesta como Justicia, en cuanto que Dios abandona a la pena eterna del infierno a los hombres pecadores; como bondad misericordiosa, en cuanto que lleva a una parte de los hombres a la bienaventuranza, por obra de su gracia y sin mérito alguno propio.

Este es el problema que plantea Maeterlinck para aquellos que lo quieran solucionar.

José CAMPOS.

.....

PRIMEROS PASOS por PANAIT ISTRATI- No cuesta ningún trabajo admitir que la vida tan llena de aventuras de Panait Istrati comenzase por un empleo en una taberna griega. Ese empleo, en el que podía llegar a ser hombre de confianza del patrón y, más adelante, patrón él mismo. Con dejar las cosas seguir por los caminos marcados, lo habría conseguido fácilmente. Otros chicos recibi-

rian los pescozones y golpes en la nariz que le amargaron sus primeros años de servidumbre. Y Panait Istrati gozaria de una fama comercial entre marineros y trajinantes y habria visto cumplidas las profecias de las vecinas que aseguran toda clase de satisfacciones para los que "no andan cambiando de amos".

Pero el muchacho esclavo se empeña en ver el mundo a traves de las lecturas y las historias del capitán Navromati. Tiene inquietudes que le impiden encanallarse y echa sus ojos ilusionados a nadar entre los bloques de hielo del Danubio. El patrón lo hace rodar hacia el rio; ya está marcada la ruta de su vida Nunca más intentará estabilizarse. Correrá de barco en barco, de país en país, de idioma en idioma. Y en una vida llena de contratiempos y de horizontes, ganándose el pan con los más humildes oficios, Panait Istrati irá escribiendo su obra, narrando simplemente, sin buscar efectos de laboratorio, lo que él ha visto, lo que él sabe, lo que él ha aprendido.

Volverá algún dia consagrado a su pais como el mejor escritor contemporaneo. ¿Para qué? Allí muere su cuerpo débil y gastado. Las vecinas tenían razón. Muere a la edad en que podia ser el orondo dueño de una buena taberna. Y, como tambien le dijo el amigo que se metió fraile, "lleno de cicatrices en el alma por haber seguido los ideales".

P. de la F.

. . .

REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA- Esta interesantísima publicación de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Archivo Nacional, que dirige don Ricardo Donoso, hermosa compilación de trabajos antiguos y modernos, inserta en su número de Julio-Diciembre de 1938, último que he podido leer, entre otros trabajos curiosísimos, el folleto que con el título "Los Apostoles del Diablo" lanzó al mundo, en los tiempos gloriosos de la independencia chilena, el desafortado fray Tadeo Silva, cuya figura torva e intransigente se descubre en otro trabajo, escrito en 1875 por Luis Francisco Prieto del Rio, tam-

bien incluido en la documentada revista.

Fray Tadeo Silva, a quien indigna el liberalismo patriótico y comprensivo del P. Camilo Henriquez, el hermano Agonizante, el fraile profeso de la congregación de San Camilo, el varón fuerte y resuelto que funda "La Aurora de Chile" antes de la revolución, para defender los ideales de independencia y luego "Mercurio", el prestigioso chileno a quien O'higgins hace venir de Buenos Aires a Santiago para acabar con la superstición y el fanatismo, arremete con él porque en el número veintitres de "Mercurio" se atreve a ensalzar a Voltaire, Rosseau, y Montesquieu, llamándoles apóstoles de la razón. Con la insidia y maldad propia de la gente de su rale le echa en cara su secularización y el que en vez de hábitos lleva ropa seglar. A Voltaire le llama desvergonzado, soberbio, deshonesto e irreligioso. Para Fray Tadeo Silva el infierno no es el mejor dique de las pasiones, es la teoría de la cobardía, del miedo al más allá, la negación de la voluntad y la virtud honradas y razonadoras.

A Rosseau "no le puede negar" talentos brillantes y vida frugal y laboriosa pero le tacha de desmedido orgullo y de paradojista pues propugna e impugna el duelo, hace la apologia y condena el suicidio, abomina del frenesí que excusa o pallia la fornicación y el adulterio, niega y defiende a Dios y combate y ensalza el cristianismo.

Al hablar de Montesquieu reproduce la opinión del Abate Nonote atacándole por hacer eterno al mundo, negar la precencia de Dios, refutar errores de los libros sagrados, rechazar los milagros, pintar conbello colorido el vicio, decir que la monarquia no precisa de la virtud y considerar que el catolicismo es propio del regimen monárquico como el protestantismo del republicano.

Se horroriza el fraile pensando que si en Ginebra, Inglaterra, Holanda, Francia y casi toda Europa quemán, encarcelan y persiguen a Servet, La Metrie, Woolston Voltaire y Rosseau, en sus personas o en sus libros, en Chile se permite su pública venta y termina su diatriba contra el P. Camilo Henriquez, orgullo de su patria y el "Mercurio" de que es editor,

144

con estas palabras: "Dios sabrá vengar su religión ultrajada".

En otro artículo que lleva el mismo título que el folleto, escrito en 1872, Miguel Luis Amunátegui se ocupa de un libro "Ensayo sobre la vida y escritos de Camilo Henríquez" debido a la pluma de Luis Montt.

Tras de incondicionados elogios y para llenar lo que él estima un vacío, estudia la personalidad del defensor de la "tolerancia civil" y traza de mano maestra la silueta de Camilo Henríquez retraído, triste y deslucido en el hablar; de su amigo el Doctor Vera, decidor y poeta lleno de alegría, que defiende bravamente al interesante Henríquez y describe la atrabiliaria figura del autor de "Los Apóstoles del Diablo" Fray Tadeo.

Tal es el artículo de Amunátegui, magnífico "papel" por el que pasan vivas y pimpantes tantas figuras de estampa romántica.

Arturo Fontecilla Larrain es el autor de otro bellissimo artículo, "Apuntes para la Historia de la Platería en Chile".

Amena y documentadamente nos pone ante los ojos el secreto anhelo de los conquistadores españoles, a quienes lleva a América no solo el ansia de ganar pueblos para su rey sino honores y riquezas para sí, acaso alucinados con las fastuosidades, la mayoría logradas en las guerras, de los magnates españoles.

Eran los tiempos en que la condesa D'Aulnoy, allá por 1679, decía que las iglesias de Madrid estaban atestadas de plata y porcelana. Y cuando el duque de Albuquerque tardaba mes y medio en pesarse e inventariar su vajilla de oro y plata, que, entre otras cosas, constaba de mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas, siendo el resto en proporción y con cuarenta escalones de plata la escalera para llegar a lo alto del aparador.

En las casas de la nobleza hay candelabros de plata que tienen dos metros de altura y precisan dos ó tres hombres

El duque de Alba tenía seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes. Para bautizar a un nieto de Lerma, hijo de la Duquesa del Infantado, se hace una pila de plata dentro de la cual se colocó la que sirvió a Santo Domingo. D. Rodrigo Calderón abundaba en esas riquezas y la marquesa de Hinojares lleva en dote cuatro mil piezas de dicho metal.

Felipe II está asombrado. Rigen las leyes suntuarias de Alfonso X, la reina Isabel y las dadas por él. El pueblo se muere de hambre.

Cuando en el siglo XVIII se incendia el templo de Covadonga del fondo de la cueva se extraen catorce arrobas de plata fundidas por el fuego.

Los plateros entran en Chile a través de los conquistadores, algunos de ellos del oficio y el establecimiento de los criollos ricos da auge a la platería cuyo gremio, del que hace historia Fontecilla va delante del de los comerciantes al que pertenece toda la nobleza de Santiago.

El oro se contrasta a veintidos quilates y la plata a once dineros. Para obtener el título de platero se requiere riguroso examen, cien pesos en caso de fracaso y probar limpieza de sangre.

Habla de las buriladas que es el metal tomado del revés de las piezas y en zigzag con un buril. Relata las trapacerías de los plateros que en los tiempos de la independencia fabrican moneda.

Como una estampa romántica resulta la descripción de las carrozas con arneses de plata y sus cocheros negros que llevan botones, hebillas y collares de ese metal. Las estancias de la gente rica abunda en bandejas, salvillas, braseros, lámparas y mesas argentinas, así como la alcoba de recibir de las grandes damas.

Entre los araucanos que antes solo usaban plumas para su adorno, las mujeres se aficionan a los adornos de plata y la tribu aprende a manejar los útiles del oficio de platero con gran habilidad.

La historia de la platería en Chile tiene referencias que hacen de su relato un bello e interesante estudio del arte suntuario.

La "Revista Chilena de Historia y Geografía" es entre las de su género un verdadero modelo.

A de L.

